

VALORACION DE ALMAFUERTE (1854-1954)

SAN MIGUEL

Toda persona tiene su centenario; no a todos se le celebra. Unas sociedades son más propensas a celebrar centenarios que otras; generalmente las jóvenes. Las sociedades viejas los rehuyen, a no ser que hayan perdido la esperanza del futuro, porque entonces muerden con fuerza en el pasado para subsistir.

Los argentinos somos jóvenes y nos halaga tomar conciencia de madurez. Nada hay en esto de reprehensible. El planteo cambia cuando se trata de jerarquizar hechos o personas, para colocarlos, como pilotos, en la trayectoria de un pueblo, porque entonces se descubre y se calibra la visión cultural de ese pueblo, de esos grupos étnicos, de esas sociedades jueces.

Cien años han puesto en primer plano a Pedro B. Palacios, Almafuerte. Significa que fué juzgado excepcional por una sociedad, o al menos por una parte de ella. Y ese juicio ilumina, en última instancia, el rostro mismo de sus hombres. ¿Merece Almafuerte este centenario? La respuesta traerá consigo el diagnóstico de nuestra sociedad en uno de sus aspectos básicos: el sentido crítico.

UBICACION

Un hombre es excepcional, cuando revestido de cualidades que sobrepasan lo común, vive en su tiempo, es decir, cuando toma conciencia de su ser y del de los otros, y los ubica en la hora exacta y en la dimensión precisa en que están actuando.

El tiempo de Almafuerte es de los más difusos de nuestra historia. El país, salido de las largas luchas internas, se organiza en todos los sectores. Una economía típicamente liberal desplaza a las masas, da sentido de masa proletaria a lo que había sido pueblo. El fenómeno de la proletarización se agudiza con la llegada del inmigrante.

La organización en el pensar y en el legislar corre paralela. Bastaría la cita de dos o tres de nuestros juristas de entonces. El pensamiento de la élite es tonto y liberal; el de la masa, tonto a secas, porque la masa no tiene ni tiempo ni ánimos para esas cosas.

Y Palacios surge de abajo (conviene tenerlo en cuenta). Viene de una masa a la que se va quitando la fe en el hombre y en Dios. Una masa desesperanzada, porque nada puede esperar el que tiene por apoyo un vacío de difidencia. Palacios trae ese resentimiento que es el suyo propio, el del niño que tiritaba con el frío que acunó

su orfandad. Frío físico y moral; orfandad en cuerpo y alma. Autónomo y autodidacta desde los quince años. "Hombre que hubiera sido en plena barbarie, nos dice Borges, el fundador de una religión, en plena civilización un Butler o un Nietzsche, pero que depravaron o entorpecieron la jerigonza de los diarios y el arrabal".

Hay un rasgo por el que Almafuerte conquista de inmediato. No por sus gritos de libertad, que tan grande lo hacen ante un sector determinado de la crítica contemporánea (no pasa de vulgar repetidor de las tonterías de Mármol; quizá por eso guste); sino por su sentido del dolor del pobre. Parte de la crítica actual almafuertiana lo enaltece por eso, y creo que con más objetividad.

La chusma, "mi chusma", lo conmueve; siente en carne propia la miseria de la masa, se identifica con ella:

"Aquí salgo del seno proficuo
De la cósmica chusma sagrada,
Como surgen los rublos poceros,
Ungidos en greda, del pozo que cavan,
Con el acre sabor de la simple
Desolante sentencia judalca:
La ansiedad de la luz en los hombres
Recién aparece después que se sacian.

Aquí traigo los puños repletos
De corrientes vergüenzas palmarías
Cual un frío bufón que mostrase
Los ruidos raídos de un manto de grana;
de vergüenzas corrientes que corren
sin herir, sin rozar suspicacias.....
¡Porque tanto repican las cosas
Que ya no penetran ni a golpes de maza!

("La Inmortal")

De ella viene y hacia ella van sus pasos de redentor utópico, de testigo, de pulsador cruel pero veraz. Gritador de la injusticia social y soldado definido por la línea de los hambrientos, en un combate en que se sabe perdedor antes de emprenderlo. Se juega por una chusma cuya ingratitud no desconoce: "jamás te interesa a ti que te rediman o no". Condiciona su vida a la carta dada vuelta de la chusma. Prevé la gloria de una redención aparentemente irrealizable, y se ata a la cruz del dolor porque sabe que es el dolor el gran regenerador.

La chusma explica la vida de este hombre; lo que fué, y también acaso lo que no fué: "No es concebible que después de vivir treinta años dentro del pudridero abominable de la chusma, a fin de reflejar toda su alma y toda su angustia en mis escritos, saliese de aquel foso relumbrando como una patena, y perfumado como una gardeña del Cabo... De aquella convivencia he tenido que salir lleno de amargura infinita, de una fraternidad sin limitaciones, de

una pobreza categórica . . . un alma enormemente torturada, incapaz del sentido del ahorro; esto es: chusma yo mismo". (Carta a Román Bravo).

Es el mérito de Almafuerte el haber sentido el problema de su tiempo. No lo entendió con la misma intensidad y es su gran demérito. Porque no basta sentir un problema para ser grande, si ese sentimiento no logra una captación intelectual definida que oriente su solución. Nadie siente el ahogamiento tan desesperadamente como el que se está ahogando, pero a la vez nadie más incapaz en ese momento de reflexionar y arbitrar una solución. Algo de ahogado hubo en Almafuerte; mucho de instintivo en sus gritos. Poca visión intelectual por añadidura. Sabe de todo, habla de todo, y de todo con la misma seguridad, con idéntico dogmatismo. Es el prototipo del normalista, clásico en nuestros ambientes eruditos. En los libros aprendió, por ejemplo, que la Edad Media es la cerrazón de todos los valores humanos, y lo repite sin dubitación en su discurso "La Patria del libre". Una inteligencia así, normalista, que es decir ecléctica, que es decir muchos de esta tierra, es lo peor que le puede acaecer a un pueblo, porque entonces se ensamblan contradictorios, se disparata en las soluciones, se desorienta todavía más a los desorientados. Frente a una tradición que se pierde por la inmigración indiscriminada, él, el admirador de Sarmiento (que como dijo Anzoátegui, nos plagó de italianos, de los indeseables, por supuesto) levanta su voz alertando, a veces con versos tan sentidos como éstos:

Yo la siento gemir; y sus gemidos,
— resonante, recóndita cascada —
en mi cerebro entumecido se hunden
y allí en mitad de las tinieblas cantan,
con el santo fervor de los que piensan
ablandar a su Dios por sus plagarias,
con el grave compás de los que lloran
y al son de los sollozos se acompañan,
con el hondo plañir de los que yacen

.....
Yo la siento gemir; y sus gemidos
sobre mi frágil corazón estallan,
como todos los vientos de la tierra
soplando sin cesar sobre una rama,
como toda la fuerza de los orbes
gravitando a la vez sobre una espalda,
como todo el dolor del universo
que en una sola vida se agolpara,
como toda la sombra de los siglos
en una sola mente refugiada.....

("La sombra de la Patria")

Pero si se le pregunta cuál es la verdadera silueta de la Patria, para no perderla, nos contesta invocando los númenes de Rivadavia,

VALORACION DE ALMAFUERTE

de Sarmiento y de Alberdi, o con generalidades que dicen tanto, que al fin no dicen nada:

Otros pueblos reciten su historia
para darse valor... y seguir:
nuestra historia es la Historia del mundo
y el Humano Ideal nuestro fin.....
("Himno patriótico infantil")

Y en los problemas morales, su pensamiento es todavía más confuso. No se le puede negar sinceridad cuando aboga por la vida hogareña pura, por la niñez callejera. Sus admiradores repiten sus frases con fe evangélica; lo han llamado el "apóstol laico", el "fundador de la religión del hombre". Creo que ni siquiera esos títulos, bien poco gloriosos por cierto, le cuadran a Almafuerte. ¿Cómo puede ser el adorador del hombre quien proclama: "no odies jamás a tus semejantes, pero no los ames"? Y como si no bastara: "¡Odiar! ¿Para qué? ¡Amar! ¿Qué? ¡Menospreciar! Eso sí". No hay en Almafuerte amor al hombre, porque no tiene fe en el hombre: "el hombre quiere ser ángel, pero está hecho para ser bestia", "lo poco bueno que tiene un hombre, lo palparás en un solo día; toda su maldad oculta no la conocerás en cien años", "no creeré absolutamente en el cariño de ninguno, ni hombre ni mujer, ni niño ni viejo".

¿Cómo puede ser el apóstol del hogar y de la niñez, quien niega el fundamento mismo de la sociedad familiar: el amor?: "la virtud, el heroísmo, el amor, la amistad, el hogar, etc., etc., no son más que perspectiva humana, efectos de óptica: la realidad, lo que es, el hombre mismo, están bien opuestos a todo eso".

Tal agnosticismo arroja una tremenda luz sobre su llamado amor a la chusma. ¿Ama a la chusma o se ama a sí mismo en ella? ¿No nos hallamos más bien frente a un resentido social? ¿Resentido frente a los hombres y resentido frente a Dios? El Dios de Almafuerte es un Dios impreciso. Pienso que ni él mismo pudo concretarlo jamás; prefiero creerlo así ante las estúpidas invectivas contra la divinidad, en su "Trémolo":

Eras un viejo Buda millenario,
eras una ficción y nada más,
eras un espantajo innecesario:

no eras Bien ni eras Mal. (XXIV)
Yo te soñé la Madre y el Abuelo,
yo te soñé más pródigo que el Sol,
yo te pensé mejor.... vete a tu cielo.....
¡no mereces ser Dios! (XXIX)

"Dios adusto, Dios frío, Dios con libro de entradas y salidas como un carcelero, Dios que necesita del dolor, Dios que inventó las lágrimas... ¡vete a tu Olimpo...!

("Páginas Negras", cp. XII).

Frente a tales actitudes, porque no se contentaba con palabras, quedan oscurecidos los principios más o menos correctos de sus "Evangélicas" y Discursos. Por lo menos hay que convenir en que fué una contradicción viviente. Ricardo Rojas, a quien nadie tachará de parcial en esta materia, concluye: "su temperamento caótico está lleno de contradicciones y de fuerzas en movimiento, como lo está su doctrina... cambió de opinión todos los días; fué barco sin timón, y veleta sin freno".

Del fondo de esta contradicción sólo emerge una realidad: la de su egolatría, la más baja, la del resentido: "yo soy el indomado — soy un completo — que se adora a sí mismo — y en sí se absorbe". (1)

Y es triste pensar que tal hombre pueda ser propuesto como modelo a nuestros niños...

POETICA

Queda en pie lo que constituye la esencia de Almafuerte: su sentimiento, su pasión violenta. Fué profeta cuando escribió:

.....
Yo no intento gobernar
las riendas del corazón;
pero yo no sé qué don,
qué providencia, qué ley
me habrán consagrado rey
del Reino de la Emoción.

("La canción de un hombre").

No se le puede negar sentimiento a un hombre que declama emocionado en el Odeón, trozos como éste que no puedo dejar de transcribir:

"Por un movimiento de compasión, o mejor dicho: un movimiento de gratitud hacia las bondadosas, inteligentes, caballerescas damas que sellan con su distinción social y su belleza clásica estos cenáculos sin temor a lo desmesurado de algunos de ellos, y presidiendo serenas, despiertas, impasibles como unas Minervas de oro y mármol los oleajes de mis apóstrofes, los iracundos mares de mi conturbado espíritu,

(1) "Hay en la vida íntima de Palacios, anécdotas numerosas que ilustran esa lucha de su corazón en aquellas encrucijadas del destino, y que al revelarnos la condición de su carácter, muestran la raíz humana de su obra intelectual. Nacido y educado en las condiciones precarias que antes indiqué, vivió hasta cerca de los cuarenta años, como maestro y periodista de aldeas, sin sospechar cuánto ignoraba, y acostumbrándose a sentirse superior a quienes lo rodeaban en su ambiente inferior. Así nacieron su petulancia y su egolatría, formas intelectuales de su constitución paranoica, que después creció favorecida por su deficiente información sobre los valores de la cultura, o exasperada por su gauchesca inadaptación a las disciplinas urbanas, hasta que, recluso en su covacha platense, perdió la noción de sí mismo y de la realidad social, dando en la manía de creerse un genio incomprendido. No era un genio, sin embargo...". — Ricardo Rojas, "La Literatura Argentina", Los Modernos, pág. 521.

VALORACION DE ALMAFUERTE

atronantes, enfurecidos, cruelmente fríos o cruelísimamente abrasadores que, coronados de cárdenos despojos humanos y de ardientes espumarajos, se debaten a los breves piecitos calzados de raso, de mis hermosas oyentes, con toda la insolencia de lo caído, con toda la ingenuidad de la desesperación, con toda la inocencia salvaje del dolor... Ese movimiento de gratitud hacia vosotras, Señoras, y ese profundo y cariñoso respeto que me inspiran vuestra alteza mental y vuestra entereza de corazón, son los motivos, las razones, los mandatos imperiosos, indeclinables, que me han puesto en el caso de presentarme a vuestros bellos, pensativos ojos, pulsando el clásico laúd de los trovadores... como un tronco centenario que reverdece, como un viejo doctor Fausto que se restituye a la juventud, como un rojo clavel marchito y descolorido, que se reanima fugitivamente al colocarlo cariñosamente, caritativamente, en el agua oxigenada de una gran copa de cristal".

Pero tal sentimiento tiene más de neurótico que de delicada sensibilidad. No hay en su celibato la serenidad del que ha preferido el mayor Amor, sino la fobia del decepcionado. No es la mujer esa dulce creatura preterida sólo por una vocación sublime, sino la harpía del viejo solterón:

Por eso las mujeres... ¡pobres mujeres,
las eternas sensuales y secundarias!
clavan en mí pureza sus alfileres,
celosas de mis noches tan solitarias.
("Confiteor Deo").

Que su actitud es fruto del resentimiento, lo sabemos por él mismo, cuando expresa: "Sí, hay algo detrás de eso... Ella era muy hermosa. Se casó con otro... nunca podré olvidarla..." Y por si quedaran dudas, bastaría oír su desesperación en el momento del fracaso: (2)

¡Qué blasfemia formidable
desafiando a Dios en seco,
me brotó del antro hueco
de mi pecho miserable!
Roto estaba el postrer cable
y el bajel roto en astillas
¡Desplomado, de rodillas,
me sentía centro y polo
del más frío, del más solo
mar sin fondo y sin orillas!
("Mancha de tinta").

(2) Ni para qué hablar de las blasfemias en aquellas "Letanías a Jesús", que comienzan: "Jesús de Galilea — para mí no eres Dios; — eres sólo una idea — de la que marchó en pos". Para Almafuerte Cristo no es más que el bienhechor, el filántropo del racionalismo, o, en frase que se ajustaría más a su ética, el primer socialista.

Desequilibrio afectivo es la consecuencia de tal represión. Un desequilibrio que le impide ver el ridículo de expresiones como ésta:

Por más que me comparo con todo el mundo
yo no doy con el tipo que bien me cuadre:
soy el llanto que rueda sobre lo inmundo...
yo he nacido sin duda, para ser madre.
("Confiteor Deo").

Y que lo enternece en el trato con sus alumnos hasta hacerlo tomar actitudes sentimentales que rayan en lo enfermizo: "Lavé sus rostros y sus manecitas, les peiné artísticamente sus cabellos, les cosí los desgarros de sus ropas, les di las mías, les pasé mi pan, les lustré sus zapatos con mis propias manos... más no pude hacer!" (Discurso sobre la enseñanza).

Porque tiene sentimiento y lo grita fuerte, se lo llama "poeta". Yo creo que a nuestros críticos les falta una buena teoría poética. El verdulero que se enoja es sincero, tiene sentimientos. ¡Vaya si los tiene! Y grita, y ¡qué cosas! Ergo: es poeta.

No sería justo negar a Almafuerte todo valor poético. En "El Misionero", hay aciertos notables, versos perfectos como éstos:

Cargué la cruz sobre mi espalda recla,
con la fe de un jayán de ardientes nervios:
y aquella Cruz no es carga de soberbios...
¡no es un deporte olímpico de Grecia!

La introducción a "La Inmortal", es magnífica toda ella; su extensión me impide transcribirla entera, pero creo que bastan estas brillantes estrofas para confirmarlo:

Y aquí voy a tejer mis estrofas
a favor del azar, como salgan,
cual un niño que hacina en manojos
jazmines dilectos y agrestes retamas;
como corren, según las caídas,
por el dorso terráqueo las aguas,
y según las arrugas y gestos
las perlas del santo sudor por la cara.

Porque nadie trazó las ideas
con mayor solidez y más gracia,
que la gracia de flor con que nacen
y dan, por sí misma, tramando su trama;
porque toda labor que perdure
y al rodar de los siglos no caiga,
las sacaron así, paulatina,
las musas ambientes del fondo de un alma.

No puedo decir lo mismo del resto del poema, antes bien creo, con Arturo Marasso, que en "La Inmortal" hay algunos versos que

nos muestran un verdadero poeta, pero todo lo demás es obscuridad y delirio.

Con Borges afirmo también: "fué padre de infinitas metáforas, no inferiores en eficacia de maravillar, a las de ninguno. Metáforas plásticas: "cuando el alma inmortal cae de rodillas, — la materia mortal cae deshojada". Suaves e íntimas unas veces:

Y el llanto amargo se agolpó en mis ojos
y mordí el polvo de dolor y envidia...
¡Madre! Yo quiero la profunda noche,
la noche de las tumbas y las ruinas
porque yo tengo desolada el alma,
y no puedo vivir sobre la vida... ("Madre").

Fuertes y violentas otras:

Aquí estoy. Que tu enorme espumaraño,
cual una enorme injuria se derrame:
¡enorme cruz, enormemente infame,
quiero flotar en tí como un andrajo!
("El Misionero").

Su misma pasión lo lleva a un lenguaje sin alambicamientos, directo (en que son cumbres sus "Evangélicas"), a veces crudo:

Mas yo sé que mi cruz, justa o injusta,
me postra de rodillas en el barro,
como sabe la res que tira un carro,
que la rajan la carne con la fusta.
("El Misionero").

Muchísimas veces también chabacano. Y por supuesto que no me refiero a su "Apóstrofe" contra el Kaiser Guillermo II —conjunto prosaico de versos soeces— sino aún a "El Misionero", su obra más acabada:

En vano chusma sacra, en vano jipas...
¡Tienes que trasponer los infinitos,
como avanza el rocín bajo tus gritos,
arrastrando, al andar, sus propias tripas!

Su débil cultura no le permitió más. Hay mucho de personalidad fuerte en sus ataques al modernismo, pero mucho más de ignorancia. Porque nos consta con qué solicitud flaubertiana corregía una y otra vez sus versos.

He querido recalcar el aspecto positivo de su poética (con frecuencia negado por sus adversarios), porque una crítica objetiva no puede pasarlo en silencio. Con todo, su positividad queda perdida en sus voluminosos desaciertos. La poesía es síntesis armoniosa de idea y sentimiento, en encarnación (no disfraz) de imagen. En

Almafuerte es escasa esta síntesis. La imagen aislada es hojarasca; demasiado cuerpo para tan poca alma:

Como va por el foso de la Vida
de sutil fetidez rodeada;
como yacen los limos proficuos
detrás de sus velos de fúnebre miasma;
como triste, deforme, difusa,
la materia del caos aguardaba
los acentos de Dios que dijeseñ,
sé nube, sé piedra, sé carne, sé planta;
así van las burbujas de gloria,
las virtudes más bellas y mansas,
por el ancho zanjón del arroyo,
prolijas y sordas, latentes y bravas:
así espera mi pulpa del genio,
fluctuante, deforme, callada,
la presión del Azar que decrete
su toga, su lauro, su cetro, su tiara.

("La Pulpa del Genio")

Y sobreabunda en su obra la hojarasca; vg. en "La Inmortal", "El Misionero", "Jesús", "Interrogante", "Sonetos medicinales", etc., etc.; no digamos nada de sus discursos. (3)

El sentimiento desbocado, su nota típica, se convierte en tango. Es Almafuerte el iniciador de la literatura chocarrera y sentimental a lo Evaristo Carriego. Cito este solo ejemplo por no herir el buen gusto del lector:

Los que nacen tenebrosos
los que son y serán mandrias,
los estorbo, los peligro, los contagio, los satanes,
los malditos, — los que nunca, nunca en seco,
nunca siempre, nunca mismo, nunca nunca
se podrán regenerar, —
no se lloran a sí propios,
no se auscultan en sus noches,
no se velan, no se cuidan, no se temen ellos mismos...
se producen inocentes, imperantes, satisfechos, —
como normas, como claves,
como pernos, como pautas, como pesas controlarias, —
y no sufren un desmayo,
y no sienten el deseo de lo Sano y de lo Puro,
ni siquiera un ruin momento,
ni siquiera un vil instante de su arcano cerebral.

("Dios te Salve").

(3) Rojas, hablando de sus "milongas clásicas", escribe: "...por cada estrofa buena, vienen cinco malas, donde no hay de poesía otro signo que el miserable conato de las rimas". — Op. cit. pág. 509.

Se lo llama poeta del pueblo, por su sentimentalismo capaz de hacer llorar al matón más plantado. En Buenos Aires estamos sobreabundando en poetas; basta recorrer una antología de tangos. Y sin embargo, ¡qué pocos poetas del pueblo tenemos! Poeta del pueblo —y hablo del pueblo masa— es el que sabe poetizar lo que ve, lo que siente, lo que aspira el pueblo. El pueblo caído es incapaz de expresar en poesía, es incapaz de condensar una experiencia; no puede, siguiendo la terminología de Meumann, armonizar el motivo de expresión con el de representación. Lo armoniza a través de sus elegidos: entre nosotros, Hernández, Fernández Moreno, Borges en sus poemas. Si no encuentra intérpretes, desboca sus sentimientos: ríe a carcajadas, llora sin control y, en el peor de los casos, se vuelca entero en un tango; es lo de Carriego... y Carriego lo heredó de Almafuerite.

* * *

Hace apenas un año, le tocó a Güiraldes padecer la celebración del vigésimo quinto aniversario de su muerte; y digo "padeció", porque en esa ocasión se reeditaron poemas de los que el mismo Güiraldes, con su gusto tan certero, no se enorgullecía. ¡Como si al gran autor del inmortal Don Segundo —el libro más hermoso que se ha escrito por aquí— le hiciera falta algo más para inmortalizarse! Ahora le toca a Almafuerite. Y Almafuerite para eternizarse, no necesita que le añadamos nada. Tal vez habría que quitarle lo de "fuerte". Le basta tener alma.

Me consuelo pensando que para el segundo centenario de Almafuerite —porque espero que hasta entonces no se volverá a hablar de él— habrá evolucionado el sentido crítico argentino. En todo caso, me consuela el pensar que yo ya no estaré por estas tierras de Dios.

PEDRO MIGUEL FUENTES, S. J.